



El urdilo

MARCELA DEL RÍO

Mi madre me dijo un día que no jugara yo con el urdilo.

—¿Qué es el urdilo? —le pregunté.

Ella, mujer discreta, no quiso tomar la responsabilidad de la respuesta. Crecí con el dolor de aquella laguna en el cerebro. La definición que me dio un maestro de la universidad no me satisfizo.

—El urdilo es la sustancia tangible como el amor, aprehensible como una gota de mercurio, que acerca al hombre a lo inefable. —Y agregó a manera de profeta—: El día que te halles frente al urdilo, lo reconocerás.

Murió mi madre. Sentí una aproximación con el urdilo, pero no logré reconocerlo. ¿Tendría algo que ver con la vida? ¿O con la muerte? La tentación de descifrar el enigma se consolidó.

Durante centenares de miles de años se había hablado del urdilo. Todo el mundo parecía conocerlo, menos yo. De manera que me acodé en la luna y me lancé a la historia como de un trampolín. Empecé la búsqueda. Encontré muchas definiciones diferentes todas ¡verdaderas! Los sabios habían especificado sus características, descrito sus atributos, enumerado sus propiedades, y los más eminentes, no contentos con eso, aplicaban a diestra y siniestra sus conocimientos sobre el urdilo para ponerlo a disposición de las masas.

El urdilo, salido de su abstracción y convertido en tema de obras dramáticas, novelas, cuentos, ensayos y

tesis doctorales, era fácilmente rastreable. La investigación no era, pues, difícil. No tendría que acudir a libros polvorientos —aunque, finalmente, también los consulté—, tenía opción de pedir informes de primera mano a una lista interminable de eruditos contemporáneos.

Enterado del estudio que estaba yo elaborando, el Centro de Experimentación y Fundamentalidad Urdilística me pidió la prioridad de su publicación. Mi entusiasmo por ver el urdilo con mis propios ojos aumentó considerablemente. En algún sitio del tiempo o en algún momento del espacio debía existir el urdilo. Y ¡yo daría con él!

No tardé en darme cuenta de que bajo la apariencia de accesibilidad, la materia encubría un pozo sin fondo. Una encuesta me llevó al descubrimiento de que aquellos que hablaban del urdilo en conferencias, mesas redondas y seminarios, partían de datos estadísticos, grafológicos y numéricos, no de comprobaciones directas. No había más que rascar un poco la epidermis intelectual de los disertadores, para percatarse de que jamás habían visto el urdilo, y de que hablaban de él sólo por hipótesis y deducciones. Otro muestreo entre quinientos escritores resultó igualmente negativo. Cada uno citaba alguna referencia como fuente fidedigna, pero siguiendo los eslabones, se completaba un círculo vicioso que nunca conducía al brote del manantial.

La vida se convirtió para mí en una espera dilatada: la espera del malabarismo afortunado que me pusiera al urdilo, frente a frente. Confiaba en el azar. (No hay sabio que no conceda a la casualidad un voto de confianza y



Marcela del Río

hasta la declare tía, cuando no madre de la ciencia). Lo que no me dijo aquel maestro de la universidad, fue que un día me toparía con la Revelación Inversa, como una fórmula volteada de cabeza, como el “incumpleaños” de la reina de Alicia... Había reconocido la presencia de una ausencia, o bien, la ausencia de una presencia (no puedo decidirme por uno u otro enunciado). En suma: supe que el urdilo no existía.

La revelación fue para mí como una catapulta. Arrasante, devastadora. En todo el mundo occidental –después me enteré que también en el oriental–, se hablaba ya de mis investigaciones sobre el urdilo. ¿Cómo confesar que había descubierto que el urdilo no existía? Me tomarían por loco. Tal vez me someterían a un análisis psicoanalítico y hasta dictaminaran mi aisla-

miento, por considerarme un peligro social, capaz de contaminar a mis semejantes con la ponzoña de mis ideas disolutorias.

Lo pensé dos veces, antes de declarar públicamente, que había encontrado la esencia misma del urdilo. El urdilo en toda su excelsitud. Yo, personalmente, lo desenterré de la Caverna de la Desolación. El urdilo era un milagro de la naturaleza. Destilaba los siete colores del Espectro Solar. Su densidad era diamantina. Su materia: pura, bella, resplandeciente.

A nadie le dije, por supuesto, que lo que saqué de la caverna fue un poco de majada de toro, fosilizada, la cual recubrí con polvos de carbono sintético, que actúan como filtros diminutos, provocando la descomposición de la Luz. 🐘